

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Melancolia [poesía], por don Eugenio de Olavarria.—La Flor del Castellar (conclusion), por doña María del Pilar Sinués de Marco.—La Orden de la Banda, por don A. Pirala.—Labores, por doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

INSTRUCCION.

CARTAS Á JULIA.

XXIX.



UNA noche, pues, el cura y el médico estaban hablando de la espantosa miseria que reina en este país, pues sus producciones apenas pueden mantener á la tercera parte de sus moradores, de lo que resulta que los restantes, viéndose en una miseria suma, tienen que mendigar el sustento; ponerse á servir, ó vejar á sus vecinos. Causa una verdadera compasion el ver á estos infelices, cuando despues de cosechar los frutos de sus huertos, salen en grandes compañías á mendigar por los campos de Ciudad-Rodrigo.

—A veces, decia el médico, basta una sola industria, ó un solo árbol, para cambiar la faz de una comarca, y convertir en prosperidad y civilizacion su miseria y embrutecimiento. Hay un país en Francia, llamado Tomhery, que consta de unas cuatrocientas fanegas de áridas canteras. Verdadero desierto hace poco, y que ahora cubierto de viñedos, merced á un esmerado cultivo, se ha convertido en un país muy delicioso. Lo mismo sucedió en Montreuil, el cual en tiempo de Luis XIII era un miserable villorio, y hoy es una de las villas mas florecientes, gracias al cultivo del melocoton. Pues y ¿la morera que ha trocado todo el Vivarés, comarca tambien de Fran-

cia, en un paraíso terrenal? El cultivo de un árbol y la cria de un gusano de seda, han obrado esta maravilla, y bien se puede decir que Olivier de Serres, que es quien los introdujo, es un verdadero bienhechor de la humanidad.

La abuela, que estaba haciendo calceta, levantó la cabeza: ¡cosa estraña! su calma ordinaria habia desaparecido: tenia las mejillas enrojecidas, y sus manos temblaban convulsivamente.

—Pues que dijo, ¿no se podria hacer algo en favor de nuestros pobres urdanos?

—Si el Gobierno, así como ha mandado reconocer algunos términos de Estremadura para la siembra del tabaco, se dignase fijar aquí los ojos, se persuadiria que el suelo mas á propósito para el intento es el de Urdes, ya por la multitud de huertos con regadío que se hallan en él, ya por la abundancia de brazos de que se puede disponer, ya finalmente por ser un país tan análogo á la plantacion de este vegetal, que solo él bastaba para surtir las provincias de Castilla y Estremadura; pero el Gobierno...

—Dejemos en paz al Gobierno, interrumpió vivamente la abuela, que está demasiado absorto por mil graves atenciones, y recurramos á nuestras propias fuerzas.

A principios de este siglo, D. Diego Lopez, vecino y fabricante de lanas en Bejar, construyó aquí cerca, en Nuño Moral, una casa, y puso maestras para enseñar á estas buenas gentes á hilar al torno, cardar, etc.; pero estos recursos desaparecieron, ya por la muerte de aquel bienhechor, ya de resultas de la guerra de la Independencia, en la que quedó arruinado el edificio.

Ahora bien, ¿no podrian aquí juntarse todos los capitales y establecer una fábrica de lanas, siendo

este país tan abundante en pastos? ¿No podrían construirse aquí varios molinos de aceite, que ahora los labriegos se ven obligados á extraer, estrujando el fruto entre dos costales? ¿No se podría, por último, con los beneficios que produjesen estos establecimientos, coronar de pámpanos esas crestas, cubiertas ahora de maleza?...

Habia tal vehemencia, tal entusiasmo en sus palabras, que todos experimentamos un choque eléctrico, y fijamos en ella las miradas.

—Y quién pone el cascabel al gato? dijo el doctor con su acostumbrada ironía, es decir, ¿quién da el impulso y el ejemplo?

—Eduardo! exclamó la abuela con tono solemne. Hubo un momento de silencio.

—Eduardo, y vos D. Calixto, y vos señor Doctor; nosotras, todos!... ¡Oh qué tarea, qué digna y noble tarea, arrancar de las garras de la miseria á tantos infelices, redimir tantas almas, purificarlas de la corrupcion en que las tiene sumidas su embrutecimiento!... ¡Qué dicha, qué dicha tan inmensa el día en que los abrojos se conviertan en racimos, las chozas en casas, los mendigos en artesanos ó labradores, los riscos en caminos y carreteras, por donde hallen un franco paso nuestras producciones! Yo no viviré entonces, ¿qué importa? Mi cadáver yacerá en esta querida tierra, y se estremecerá de júbilo al oír, trocados los ayes de angustia en cánticos de alegría!... Este es el sueño de mi vida, mi mas hermoso sueño!... Ahora que se ha desarrollado el espíritu de especulacion, ¿por qué nuestros buenos propietarios han de guardar el oro en el fondo de sus gavetas? No es mejor que lo beneficien, beneficiando á su país?

La asociacion es la maga que, con su varita milagrosa, produce todos los portentos de nuestro siglo; la asociacion puede convertir á los Urdes en un país fértil y rico, triplicando los capitales de los que son acomodados en el día, ¿por qué, pues, esta inercia, por qué este abandono, por qué esta indiferencia?

A Vd., D. Calixto, que tanto ama á los pobres, se lo ruego; á Vd., señor Doctor, cuya ilustracion es tan conocida y apreciada, confio el buen éxito de mi causa; en tí espero, Eduardo, en tí, que debes llevar el primero á la asociacion el terreno para la fábrica, algunos capitales, tu inteligencia y tu trabajo...

—El terreno! murmuró Eduardo.

—Sí; ese terreno que yo acabo de adquirir, y que es excelente para el objeto. Fuera de la poblacion, y á poca distancia de ella...

—Y los capitales!

—No sabes que tenemos ahorros? Estos ahorros, que no bastarian para que vivieses en Madrid dos años, con el lujo que vivias, serán suficientes aquí para estampar tu nombre, no en los anales de la gloria, pero sí en los mas gratos de la beneficencia, hijo querido!

Hijo mio, mi Eduardo, despierta de ese entorpecimiento moral que me destroza el alma! Has perdido una fortuna, piensa en reconstruir otra fortuna mas sólida, y tan beneficiosa para tí como para los pobres, cuyas lágrimas vas á enjugar con noble empeño. Despierta: házlo por tu esposa, tan digna de ser amada; házlo por tus hijos, tan buenos, tan dóciles, tan amantes; házlo por mí, Eduardo, cuya vida se ha consagrado á preparar tu dicha!

El consuelo de todas las amarguras se halla en el trabajo: el trabajo es el que eleva al hombre sobre los demás, es el que fortifica su alma y le ennoblece!

El trabajo! Oh, feliz mil y mil veces el que trabaja, que ese no hallará jamás desabridos los manjares de su mesa, ni su sueño turbado por las lúgubres fantasmas ni el fatigoso insomnio! Feliz sobre todo el que trabaja para realizar una noble y grande idea, seguro que al fin de la jornada y á la hora del descanso, oirá resonar en torno de sí los cantos de los felices que habrá hecho; y si fija sus miradas en el cielo, verá á los ángeles y á los querubines brindándole con las eternas palmas y el eternal reposo! ¿Qué dices, qué respondes? Habla, Eduardo, habla.

No creas que este plan sea el producto de mi entusiasmo, ni un sueño de mi loca fantasía; no, años hace que lo medito, años hace que lo consulto con todas las personas inteligentes que me depara el acaso. Diga Vd., señor Doctor, es factible, es provechoso?...

—¡Oh, sí, respondió éste, y yo mismo muchas, muchas veces, lo habia trazado. Pero los hombres, pensaba tambien, son incapaces de arriesgar un solo maravedí para labrar la fortuna de tantos...

—Eduardo dice que no son incapaces de esto, señor mio!...

—Pero yo no puedo ocultar que se espone á pérdidas.

—¿No ha perdido una fortuna, cuyo objeto final era enriquecer á unos cuantos miserables?...

No, Dios no querrá que pierda!... La Providencia protege siempre á los que, con sano corazón, buscan su bien en el bien de todos!...

El cura estaba conmovido, hasta el extremo de derramar lágrimas...

—Sí, dijo, si la asociacion obra portentos, la fé produce la asociacion, convirtiendo á los hombres en hermanos!... Yo lo predicaré en el púlpito, en las calles, en todas partes!

—Lo oyes, Eduardo? exclamó la abuela.

—Veremos, dijo éste, ya casi vencido.

—No lo veremos, no, veámoslo: las cosas que se aplazan no se hacen.

Mañana al salir el sol iremos á ver la tierra, la examinaremos, y si hallas allí ventajosamente situada nuestra fábrica, el señor cura echará la primera piedra, acompañada de su bendicion!

Adios, señores, es tarde, y mañana tendremos que madrugar mucho. Enriqueta, vete á decir á Susana que prepare el almuerzo, y retírate á descansar, porque saldremos con el alba.

Nuestros contertulios se retiraron. El cura nos bendijo como siempre; pero ¡ah! Julia, que su bendicion mas tierna cayó sobre la frente de la abuela!

ÁNGELA GRASSI.

LITERATURA.

MELANCOLÍA.

Ave que te levantas
Serena al cielo,
Mira mi pena y oye
Mi triste acento.

¿No sabes dónde,
Dónde se oculta el alma
De mis amores?

Llamo, y á mis suspiros
En son doliente,
Solo el eco á lo lejos
Responde siempre.

Mas no responde
La dulce voz del alma
De mis amores.

Si allá en el horizonte
La blanca nube
Subir la ha visto en alas
De los querubes,

De santo goce
Colma, Dios justo, al alma
De mis amores.

Ay! huyó de mis ojos,
Desdicha eterna!
Ella, que era el encanto
De mi existencia.

Mi fé... mi norte...
Vida y alma, del alma
De mis amores.

Si el corazon, Dios mio,
Que llora y pena,
Alivio á sus pesares
Busca y no encuentra,

Llévame donde
Reposa en paz el alma
De mis amores.

EUGENIO DE OLAVARRÍA.

LA FLOR DEL CASTELLAR.

TRADICION.

(Conclusion.)

V.

Aquella misma noche, la luna llena iluminaba el interior de la cabaña de Marcelo, entrando por la ventana, enramada de yedra y mirto, y por la puerta abierta de par en par.

La antorcha celeste iba á quebrar sus rayos en la imágen de bulto de la Virgen de Misericordia, colocada en el hueco de la pared.

Debajo de la Virgen, y acostado en un mullido lecho de heno y yerbas secas, cubiertas con limpias sábanas de hilo, estaba acostado el capitán: Marcelo se hallaba sentado á su lado en un banquillo de madera, y le tenia cogida una mano, mientras Rosa les miraba con profunda alegría, apoyando su brazo en la gran cabeza de Leal, tendido á sus piés con mucha gravedad.

—La Virgen le volvió bueno, padre, dijo por fin la jóven, señalando á la imágen de María: todas nuestras conversaciones de amor durante tres meses, fueron delante de esa Santa Imágen, y él me respetó siempre como á su hermana: de otro modo, padre mio, no le hubiera amado yo.

—Y de qué hablabais, hijos, preguntó el tio Marcelo con infantil curiosidad.

—Yo le enseñaba á creer y á rezar, padre, y él me contaba sus correrías; me decia que nunca habia matado ni robado á nadie por su mano; pero que capitaneaba una cuadrilla de malvados, y que tomó esa vida porque estaba solo en el mundo, sin padres ni hermanos.

—¿Y cómo os conocisteis?

—Un dia que regaba yo mis flores, pasó y me dijo: ¿me das agua, niña? Vengo muerto de sed.

—Tomad, le contesté yo dándole un vaso de leche, y algunas frutas que comió con afán: luego al irse me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Rosa, respondi, pero me conocen mas por *La flor del Castellar*.

—Tú eres la primera flor que ha embalsamado mi vida, dijo, y luego añadió yéndose:

—Hasta mañana.

Desde entonces ha vuelto todos los dias, pero siempre huía de veros, aunque conmigo era dócil como un cordero, y aprendia todo cuanto le enseñaba.

—Basta, hija mia; creo en tu virtud como en la

de un ángel, dijo Marcelo: pero es menester obrar, porque de un instante á otro pueden llegar tropas enviadas por la justicia.

Luego volviéndose á Felipe:

—¿Quiéres ser mi hijo? le preguntó.

El desgraciado, por toda respuesta, besó la callosa mano del anciano.

—¿Y tus compañeros?

—Han abandonado ya estos sitios: yo me quedé algunos dias mas, porque no podia separarme de Rosa.

—Manos á la obra, pues, dijo Marcelo, y arrodillándose junto al lecho, cortó la hermosa barba y los luengos rizos de Felipe.

VI.

Al amanecer del dia siguiente, el capellan de la ermita consagrada á la Virgen de Misericordia bendecia la union de Rosa y de Felipe, que pálido aun, y con el brazo vendado, vestia el airoso traje de labrador aragonés.

La ermita estaba llena de pastores y montañeses: al acabar la ceremonia, fueron todos á almorzar á la cabaña de Marcelo, donde las mujeres habian dispuesto un gran festin.

Pusiéronse las mesas en una pradera situada á la falda del monte, pues era grande la concurrencia; y no bien se habian sentado, vieron á lo lejos las armas de algunos soldados.

Felipe palideció; pero Marcelo le estrechó la mano, y salió al encuentro de la tropa.

—¿Quereis, señores, beber un trago? les dijo.

—Gracias, buen hombre, contestó el jefe: no podemos detenernos, pues vamos á perseguir una partida de malhechores que se oculta en estos montes, y cuyo capitan tiene puesta á precio la cabeza.

—Pues no os canseis, caballero, observó el anciano: se dice por aquí que, batida por nuestros pastores, se ha internado en Francia toda la cuadrilla: por lo tanto, bien podeis refrescar. Felipe, hijo mio, da frutas y vino á estos buenos militares.

El capitan, cuya cabeza buscaban, se levantó y sirvió á los soldados; éstos no vieron en él mas que un gallardo mozo, de facciones muy bellas y aspecto noble y honrado.

VII.

Aquella tarde, Rosa y su esposo, acompañados de su padre, fueron á depositar sobre el altar de la Virgen de Misericordia el traje de capitan de bandidos.

Hoy tienen muchos hijos, un hermoso caserío al pié del monte, y dos perros, para guardarlo, nietos de Leal.

Marcelo murió de viejo, en medio de un cómodo

bienestar, conquistado por la laboriosidad de Felipe, á quien siempre amó como á un hijo.

Los pastores del Castellar han conservado religiosamente esta tradicion: y sostienen con orgullo, que la cándida flor del monte convirtió á un feroz bandido con la influencia de su inocencia, de su piedad y de su fé. Aun cuentan en el invierno al amor de la lumbre á todos los que llegan á su cabaña esta sencilla historia, que uno de los mas ancianos me refirió con el título de *La flor del Castellar*.

Vosotras, lectoras, las que esperaseis una historia romántica y sangrienta, perdonadme: el principal papel de ella está desempeñado por la Madre de Dios, y esa actriz soberana enjuga todas las lágrimas, endulza todas las amarguras de la vida, y protege todo amor que es puro y verdadero.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA ÓRDEN DE LA BANDA.

— Cuando en la Europa toda reinaba el derecho del mas fuerte, cuando las continuas guerras habian establecido y afirmado las costumbres mas rudas, España, que ni se veia libre de guerras, ni carecia de bárbaras costumbres, es la primera que arroja un destello de civilizacion en el mundo.

Un monarca jóven, que habia tomado las riendas del gobierno para contener los desmanes de los regentes durante su minoría, y castigar los desafueros de los magnates, Alfonso XI, que lleva en la historia el sobrenombre de Justiciero, concibe y establece un pensamiento civilizador.

Fué este la creacion de la Orden de Caballería de la Banda en 1332, hallándose en Vitoria.

— Era su objeto dulcificar la rudeza de las costumbres, crear mas amistad y cariño entre los asociados, despertar ó hacer renacer el espíritu de union, que los caballeros fueran mas caballeros, mas leales y mas nobles, y que los hijos segundos y terceros de las casas mas distinguidas, que por carecer de patrimonio pasaban una vida oscura, cuando no vandálica é insurrecta, fueran honrados y sujetos con esta Orden.

Con su creacion, como lo muestran sus Estatutos, probó D. Alfonso, que si los crímenes y desmanes le obligaban á usar de rigor inexorable y no acostumbrado hasta entonces, queria imperasen en su reino esas costumbres dulces y galantes, manantial de las mas heróicas acciones, y que iban á decir al mundo que en aquella sociedad eminentemente guerrera, se rendia el debido culto á la cortesanía y á la civilizacion de aquellos tiempos.

Y tan adelante fué en esto España—como en otras

muchas cosas—que lo que hizo D. Alfonso XI en 1332, lo imitó en Inglaterra Eduardo III en 1350, fundando la Orden de la Jarretierra; y en Francia, D. Juan II, en 1352, instituyendo la Orden de la Estrella. Pero en ninguna habia como en la Castellana tanta delicadeza en el objeto, tanta originalidad en la idea, ni el espíritu caballeresco, imbuido en la mente del fundador de la de la Banda.

Por esto ha merecido siempre el elogio de todos; y si en sus Estatutos hay algunos que hoy parecerán ridículos, estaban muy lejos de serlo en aquellos tiempos.

El distintivo de los Caballeros era una banda de cuatro á seis dedos de ancha, del hombro izquierdo á la cadera derecha; negra en un principio, fué despues encarnada y de otros colores.

D. Alfonso quiso inaugurarla con régia suntuosidad, y dispuso para su coronacion instituir la Orden. Convocó al efecto á Búrgos á todos los ricos-hombres, infanzones é hijos-dalgo de los reinos, y mientras asistian fué á visitar el sepulcro del Apóstol Santiago y á armarse caballero. Entró á pié en la ciudad é iglesia, veló toda la noche sus armas, que estaban encima del altar: dijole al amanecer una misa el Arzobispo, y las bendijo: armóse el Rey entonces, poniéndose gambaj, loriga, quixotes, carrilleras y zapatos de hierro; ciñóse su espada, y tomando por sí mismo todas las armas del altar de Santiago, llegóse el Rey á la imágen del Santo, que estaba encima del altar, *et fizole que le diese la pescozada en el carriello*, recibiendo así la caballería del Apóstol.

A su regreso á Búrgos efectuó solemnemente su coronacion, y al dia siguiente convocó á su palacio á los que habian de ser Caballeros de la Banda, les mandó dar ricos paños de oro y seda, y magníficas espadas, y que concurrieran al otro dia, en el que reunidos todos, marcharon en vistosa procesion delante del Rey de dos en dos, y con lucido acompañamiento. Velaron las armas en las Huelgas, y á la mañana siguiente armó el Rey á todos caballeros, ciñendo á cada uno la espada, y dando la pescozada.

Cuando recibieron del Rey la caballería, tiraron sus armas, y vistieron los paños de oro y seda, que D. Alfonso les habia dado, y departieron y comieron con él.

Los principales caballeros de la córte armaron al siguiente dia á otros caballeros.

El Caballero de la Banda debia hablar al Rey en pro de los naturales de su tierra, y por la defensa de la república.

Debia ser verídico y fiel para con el Rey, y no permitir se murmurase de su persona: hablar poco y con verdad; y si dijese alguna notable mentira, andaria un mes sin espada.

Debia acompañarse con hombres sábios, para aprender á vivir bien, y con guerreros para saber pelear.

Debia mantener su palabra y guardar fidelidad á sus amigos, y si no cumplia su promesa, aunque fuese dada á persona baja y sobre cosas pequeñas, andaria por la córte solo, sin osar hablar á nadie, ni llegarse á ningun caballero.

No debia comer solo, ni sin manteles, ni ciertas verduras; ni servir de lisongero ni preciarse de chocarrero, y si alguna vez se pusiese en palacio á contar donaires ó decir lisonjas al Rey, andaria por la córte un mes á pié, y estaria otro tanto arrestado en su posada.

No podia quejarse por sus heridas, ni referir sus hazañas, ni jugar á ningun juego, ni empeñar ni apostar sus armas y ropas, ni andar muy de prisa en palacio ó por la córte, ni hablar á voces, ni en bur-las ni en veras, decir cosa que pudiera lastimar á otro caballero.

Ningun caballero de la Banda entraria en contienda con alguna doncella, ni levantaria pleito á mujer hidalga; porque en tal caso, incurriria en la pena de no poder acompañar á ninguna señora del pueblo, ni servir en palacio á dama alguna.

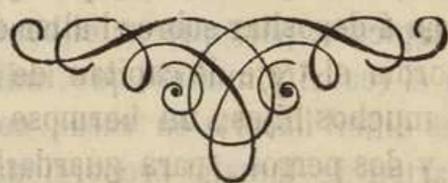
Si encontrase en la calle alguna señora que fuese generosa y valerosa, estaba obligado á apearse y acompañarla; y de no hacerlo así, perderia un mes de sueldo, y seria desamado de las damas. Además, si alguna mujer noble rogase á un Caballero de la Banda que hiciese por ella alguna cosa, y pudiendo hacerla no la hiciese, seria llamado en palacio por las damas *el caballero mal mandado y no bien comedido*.

Ninguno de la Orden habia de estar en la córte sin servir á alguna dama, no para deshonorarla, sino para festejarla ó casarse con ella, y cuando saliese fuera debia acompañarla como ella quisiese, á pié ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla.

Si algun Caballero de la Banda se casase veinte leguas en torno de la córte, todos los demás irian con él al Rey á pedirle alguna merced, y despues le acompañarian todos hasta donde se habia de casar, para hacer allí algun honroso ejercicio de Caballería, y ofrecer alguna prueba á su esposa.

Tales eran, entre otros, que omitimos por brevedad y no necesitar nuestro objeto, los Estatutos de aquella Orden, de la que solo ha quedado el recuerdo de sus glorias, por haber preferido desaparecer, á verse desviada de su objeto.

A. PIRALA.



LABORES.

Qué sería de nosotras, amables lectoras, si en este tiempo desapacible y frío, en que estamos privadas del recurso de pasear, de hacer visitas, de vivir en sociedad, en una palabra, no tuviéramos nuestras labores, que nos acompañen y distraigan? Ciertamente que las horas serían eternas para nosotras, y no comprenderíamos la existencia más que dorada por la luz del sol. Por fortuna no es así, y la mujer laboriosa encuentra en su misma aplicación un remedio contra el hastío y el aburrimiento, de que difícilmente se libra la que solo es mujer de sociedad. A las primeras, que de seguro forman la mayor parte de nuestras suscriptoras, consagramos los dos lindos modelos de labores que acompañan á este número.

Es el marcado con el núm. 2, un almohadon para los piés, cuyo patron ó modelo, de tamaño natural, dimos en el pliego amarillo del día 16, con el número 11; sobre este patron se cortan ocho pedazos de cachimir ó paño, cuatro de color punzó y cuatro azul celeste, cuidando de que uno de los lados esté siempre al hilo de la tela. Cortánse despues, tambien de la misma, las flores turcas que ocupan el centro, de las cuales las cuatro que han de ir sobre los rayos azules serán blancas, y anaranjadas las de los rayos punzó: la pequeña flor que va en el centro de la turca es tambien de aplicacion; y se cortarán, para las palmas blancas, las flores azules, y para las anaranjadas las flores punzó.

Cada una de estas ocho turcas se fija sobre el fondo por medio de un punto *ruso*, hecho con torzal negro, y que consiste en dar una puntada del largo que muestra la raya ó diente del dibujo, pasando otra desde un punto á otro por la base de ellos, lo que sujeta perfectamente la aplicacion: la flor se cose del mismo modo y del mismo punto; es decir, haciendo cada uno del largo de la rayita, se forma el cruzado que adorna la turca en su parte interior y los ramajes de la flor, haciendo los troncos y las venas á cordoncillo, aunque siempre con el torzal negro: del mismo punto *ruso* es la rama que va serpenteando en la parte exterior de la turca, con la sola diferencia de que este bordado es con torzal blanco. Ya tenemos concluido el bordado de este lindo almohadon: para armarle se debe unir siempre una orilla al biés, con otra al hilo, para que siente bien, y se coloca sobre un almohadon de lienzo de la misma forma, cuya armadura deberá hacer el tapicero, para que en el centro de cada pedazo tenga el realce y mullido que indica nuestro grabado. No es difícil hacerla en casa, cortando un redondel de carton de tamaño proporcionado, que se rellena de lana ó pelote, y se cubre de percalina. Para completarle, solo falta, despues de armado, ponerle

un rizado de lana punzó al borde, y un cordon de este mismo color, que cubriendo las costuras, se reuna en grandes lazadas en el fondo.

El modelo marcado con el núm. 1 es una bolsita de señora de encantadora novedad, y sin embargo de muy fácil ejecucion, lo cual, unido á la mucha utilidad que está llamada á prestar, la hace interesante desde luego para todas nuestras lectoras. Se ejecuta á *crochet*, con sembrados de cuentas de acero y tiras de aplicacion de flores de cuero. Para ejecutarla hay necesidad de engarzar, ante todo en la seda, que podría ser verde ó carmesí, gran cantidad de cuentas de acero, y se principia la bolsita á *crochet oriental*, colocando las cuentas encontradas, y colocadas cada dos vueltas, siempre en la vuelta primera, no en la de retroceso. Terminado el cuadrado prolongado, que sirve para una cara de la bolsa, se hace otro igual; y en los almacenes de Scrop ó Escalante se compran las aplicaciones de cuero, que no hay más que colocar sobre la misma bolsita, teniendo cuidado de sujetarlas bien al fondo. Terminada esta labor, que como se ve, es sumamente sencilla, falta solo unir las dos caras, fijar la boquilla, adornada de su cadenita correspondiente, y guarnecerla de un fleco de mostacilla de acero, formando presillas, que unas parten del centro de las otras.

Nos olvidábamos advertir, que el tamaño que representa nuestro modelo es muy poco menos que el que debe tener la bolsita destinada á un portamonedas de señora.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

TEATROS.

Ya en nuestra revista anterior dijimos que en el Circo se habia estrenado una zarzuela en tres actos y en verso, titulada *La tabernera de Lóndres*, del eminente poeta señor García Gutierrez, con música del distinguido compositor señor Arrieta. No pudimos entonces hablar del éxito de la obra faltándonos tiempo y espacio, por lo cual hoy llenamos aquel vacío, como cumple á nuestra obligacion respecto de las amables lectoras.

Es *La tabernera de Lóndres* una produccion melodramática, perteneciente por lo tanto á un género poco análogo al de las zarzuelas que tiene costumbre de ver generalmente nuestro público. Ya es ésta de por sí una circunstancia de bastante influencia para que la mayoría de los aficionados se le muestre hostil, sobre todo de esos aficionados que al asistir al teatro no pretenden más objeto que reir, sea como sea. Ba-

sada en un pensamiento importante, cual es pintar la lucha de dos ilustres rivales aspirantes un tiempo al trono inglés, tiene escenas atrevidas y gran número de sucesos que la revisten del aliciente de la novela. Por desgracia estos elementos, que desarrollados convenientemente podrian producir una fábula llena de interés, no dan su natural fruto por hallarse el asunto conducido de una manera confusa, y por haber en los caracteres de los personajes cierta perplejidad, ó contradicción, que destruyen en gran parte el efecto dramático. Á la verdad, parece que el autor ha descuidado punto tan fundamental, dando tal vez la preferencia á la forma literaria. Desde las primeras escenas hecha de ver el público que ante sus ojos pasa una acción dramática, en muchas ocasiones incomprendible. Los lazos que deben unir varios pasajes desaparecen á su vista, pierde la filiación de los caracteres, no se explica el porqué de algunos recursos escénicos, y estas circunstancias envuelven la obra en cierta atmósfera oscura que no permite al observador hacerse cargo de todas sus partes.

Pero si bien se advierte este defecto, pues así debe llamarse, tambien se advierte que la obra dista mucho de ser vulgar ni adocenada, aún en su parte reprehensible. Dentro de ella se ve la sombra de un poeta; los sentimientos, en grande variedad, están en ella pintados con mayor ó menor desarrollo; las galas de una imaginación pintoresca la revisten con gallardía. Y si nos concretamos á la parte puramente literaria, la alabanza será más alta y merecida. Viveza de imágenes, ternura de estilo, elegancia de frase, diversidad de tonos, son las cualidades que resplandecen en esta faz de la obra. La versificación es limpia y poética; tal vez demasiado para el género á que está aplicada.—Si tuviéramos á la vista la obra impresa, transcribiríamos con gusto algunos pasajes, seguros de que nos lo agradecerían nuestras lectoras.

De algo de oscuridad y rareza adolece tambien la música compuesta por el señor Arrieta, no sabemos si obedeciendo á la influencia del libreto, ó si por intento propio. Sin embargo, en conjunto es más clara que aquel para el público, y por consiguiente mejor acogida. En ella se ha demostrado una vez más el excelente compositor que profesa en serio su bello arte, y que tiene fantasía de poeta. Abunda en suaves y delicadas melodías, muchas de ellas de carácter británico, conducidas con verdadera maestría; y tiene una instrumentación llena de interés, y salpicada de detalles que demuestran ingenio en la concepción del pensamiento, y gusto en la elección y combinación de los timbres músicos. Algunas piezas recordamos que se destacan por su novedad ó atrevimiento, como tambien alguna otra poco feliz y difusa; pero no citamos unas ni otras, porque no podemos ni nos toca extendernos en detenidas apreciaciones. Segun hemos dicho del libreto, decimos tambien en conjunto de la

partitura. Nos parece desigual pero llena de bellezas, y revela al compositor de buena educación artística y de experiencia nada corta.

La noche del estreno, que fué la que nosotros vimos *La tabernera de Londres*, estuvo con ella el público poco galante, porque despues de haber aplaudido algunas piezas musicales se permitió al final demostraciones de mal género. Pero no decimos bien: quien tal hizo sólo fueron contadas personas: el público desagravió á los actores prorumpiendo en un aplauso general, pues aunque conocia la imperfección de la obra, sabia tambien que ciertas producciones merecen respeto por sí mismas y por sus autores.

La ejecución fué en lo general sumamente infeliz. Es de suponer que en las noches posteriores á la del estreno se haya mejorado, pero en ésta contribuyó á hacer mas oscura la obra porque no puso de relieve ninguna situación. No teniendo, pues, nada bueno que decir respecto de tal particular, creemos mas oportuno callarnos.

Saltando al otro extremo de Madrid, penetremos en el TEATRO REAL.

Despues de la sensible dolencia de que hace algun tiempo se vió atacada la señora Lagranje, por cuya causa ha estado retirada de la escena bastantes dias, ha vuelto á aparecer en ella, ya muy aliviada, con mucha satisfacción de los amantes del arte y de sus amigos. *Don Pascuale*, bella obra de Donizetti, ha sido la ópera escogida para la reaparición de la superior artista. No se puede dar fácilmente idea del acierto y delicadeza con que la señora Lagrange ha desempeñado su parte. El público, que era numeroso y escogido, como siempre sucede en el régio coliseo, la oyó complacido y le pagó su mérito con muchos y prolongados aplausos. Esta excelente cantatriz puso de relieve los matices mas leves que hay en su papel, y si como tal rayó á la altura de costumbre, como actriz quedó tan airosa que bajo aquella apariencia de mujer caprichosa y díscola, parecia imposible que hubiese la mujer imagen de *Norma*. Pero donde admiró extraordinariamente á la concurrencia fué en el *wals* de su composición que como *rondó* cantó al final de la ópera. ¡Qué facilidad de ejecución! ¡Qué afinación tan exquisita! ¡Qué extensión tan inmensa! ¡Qué variedad y gusto en los adornos! En verdad que fué un prodigio imposible de pintar con las palabras. El público demostró su asombro prorumpiendo unánime en una y otra salva de aplausos atronadores.—Los señores Baragli, Cotogni y Scalese que tomaron parte además en *Don Pascuale* desempeñaron bien sus respectivas partes. El último de estos es un *bufo* de mucho mérito, que tiene grandes puntos de contacto con el señor Róvere.

En la noche del jueves último, se verificó en el teatro de la ZARZUELA una función extraordinaria y selecta, destinada á honrar la memoria del malogra-

do Fernando Osorio. Tomaron en ella parte actores de dicho coliseo, del REAL y del de LOPE DE VEGA; y con tanto celo y noble emulacion trabajaron, que la ejecucion salió muy esmerada y ésta les valió abundante cosecha de aplausos. La funcion se compuso de *La escuela de los maridos*, comedia de Molière traducida por Moratin, del segundo acto de *Linda de Chamounix*, y de la zarzuela *En las astas del toro!*

La concurrencia fué grande y escogida.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

No nos habíamos engañado al anticipar en anteriores revistas que la Moda no ofrecía gran novedad en los Abrigos de invierno: entre los infinitos modelos que hemos visto, apenas hay uno que pueda llamarse enteramente nuevo en la forma; solo en los adornos es donde el capricho de las señoras puede ostentarse segun su gusto.

Tres son las formas mas generalmente admitidas.

El saco corto, un poco mas largo que la *Marinera*, al que algunas señoras llaman *Cazadora*; este es el mas á propósito para señoritas: tiene un cuellecito recto, y generalmente se le adorna de pasamanería.

La *Polonesa*, que aunque generalmente se hace de seda, entretelando el cuerpo, se van generalizando las de paño negro, simplemente guarnecidas de un galon de seda: algunas se ven de paño de damas gris, y no será estraño que se adopten otros colores.

El tercer género de confecciones es la *Rotonda*, ó capa sin mangas, de mncho vuelo, y que se recoje sobre el brazo: las morunas, especie de albornóz que forman capucha con el gran pliege que llevan por detrás con adornos de borlas, como las salidas de baile, se hacen de telas ligeras, como de lana dulce, etc.: las otras se llevan de géneros mas consistentes, como chinchilla muaré, ó paño de damas, en colores claros, y tienen un cuellecito: estas son una especie de talmas mas ó menos grandes, y hay algunas que tienen el corte y vuelo de una capa de hombre.

Para terminar añadiremos, como objeto de alguna novedad, un Abrigo llamado *Greca*, que se hace de grós de América negro: tiene el cuerpo cerrado y de punta de chaleco por delante, ahueca un poco en la cadera, y termina en punta redondeada por detrás. La falda va armada en el cuerpo, y guarnecida en la parte superior de un ancho volante de guipur: el hombro se forma de una especie de jockey, del que nace una manga ancha que hace un gran pliege por de-

trás. Los contornos del cuerpo y mangas van adornados de una cinta de terciopelo negro entre dos agremenes.

Sin espacio para ocuparnos de vestidos, citaremos uno de Repts de Tours, color de pensamiento, de cuerpo escotado, cuadrado por delante y redondo por detrás: el talle es redondo. Una berta de terciopelo negro, cortada en ondas y guarnecida de guipur, adorna el cuerpo, en forma de tirantes por delante y en redondo por detrás. La manga es entreancho, de codo, y va guarnecida por la costura de una tira de terciopelo, que reproduce en menores proporciones el adorno de la falda; un guipur de dos centímetros la acompaña sobre la costura. La falda va armada á pliegues gruesos muy cruzados, y el bajo adornado de una tira de terciopelo de 40 centímetros, cortada en picos ondeados, y en cada uno de ellos se recortan dos óvalos en la direccion de la onda, que dejan ver la tela del vestido: una guipur bordea este adorno, lo mismo que la tira de terciopelo que adorna el escote. Una camisita de tul de Bruselas, alta y con gola pequeña, cubre la parte escotada del pecho.

ESPLICACION de la lámina de Abrigos que repartimos con este número, como REGALO ofrecido á las suscriptoras por un año ó seis meses.

NAIM. *Polonesa* con adornos de trencilla ancha de seda, formando tirantes, y terminando en el talle con bellotas de seda: este abrigo puede hacerse de terciopelo, seda ó paño, y su patron es el que hemos dado en el número anterior.

LORENZO. *Capa* de terciopelo con adornos de guipur estrecha, pasamanería y borlas.

CHANCELIERE. *Abrigo* con mangas y pelerina, con adornos de guipur y pasamanería.

NATCHEZ. *Rotonda* de paño, adornada de galon de seda, puesto liso, y de un enrejado de trencilla estrecha en la espalda, con botones en los ángulos, y borlas en los extremos.

NAZELLA. *Sobretudo* largo de seda ó de terciopelo, con pliegues gruesos, que forman el guarnecido de las mangas y de los costados de la falda: los adornos son de pasamanería y guipur.

Hemos conservado á estos *Abrigos* sus nombres en francés, porque así van en la lámina.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.